

Era luna llena, estaba el cielo despejado y habían dado las nueve de la tarde cuando regresábamos cuatro amigos y yo de una casa cerca de París. Los diversos pensamientos que nos inspiró la vista de aquella bola de azafrán nos distrajeron por el camino. Inmersos los ojos en aquel astro enorme, ya lo tomaba uno por claraboya del cielo por la que se entreveía la gloria de los bienaventurados, ya otro, convencido de las antiguas fábulas, imaginaba que tal vez Baco^[1] tuviera una taberna allí alto en el cielo y hubiera colgado la luna por ensena, ya afirmaba otro que era la platina donde Diana aderezaba la golilla de Apolo^[2], ya otro exclamaba que podría bien ser el mismísimo sol que, habiéndose despojado de sus rayos al anochecer, observaba por un agujero qué se hacía en el mundo cuando él desaparecía.

Y yo —dije—, pues deseo unir mis fantasías a las vuestras, creo, sin pararme en esas agudezas de la imaginación con que acariciáis al tiempo para que pase más de prisa, que la luna es un mundo como el nuestro al que este sirve de luna.

La pandilla me obsequió con una gran carcajada.

Así quizá —les dije— se burlan ahora en la luna de alguien que mantiene que esta esfera nuestra es un mundo.

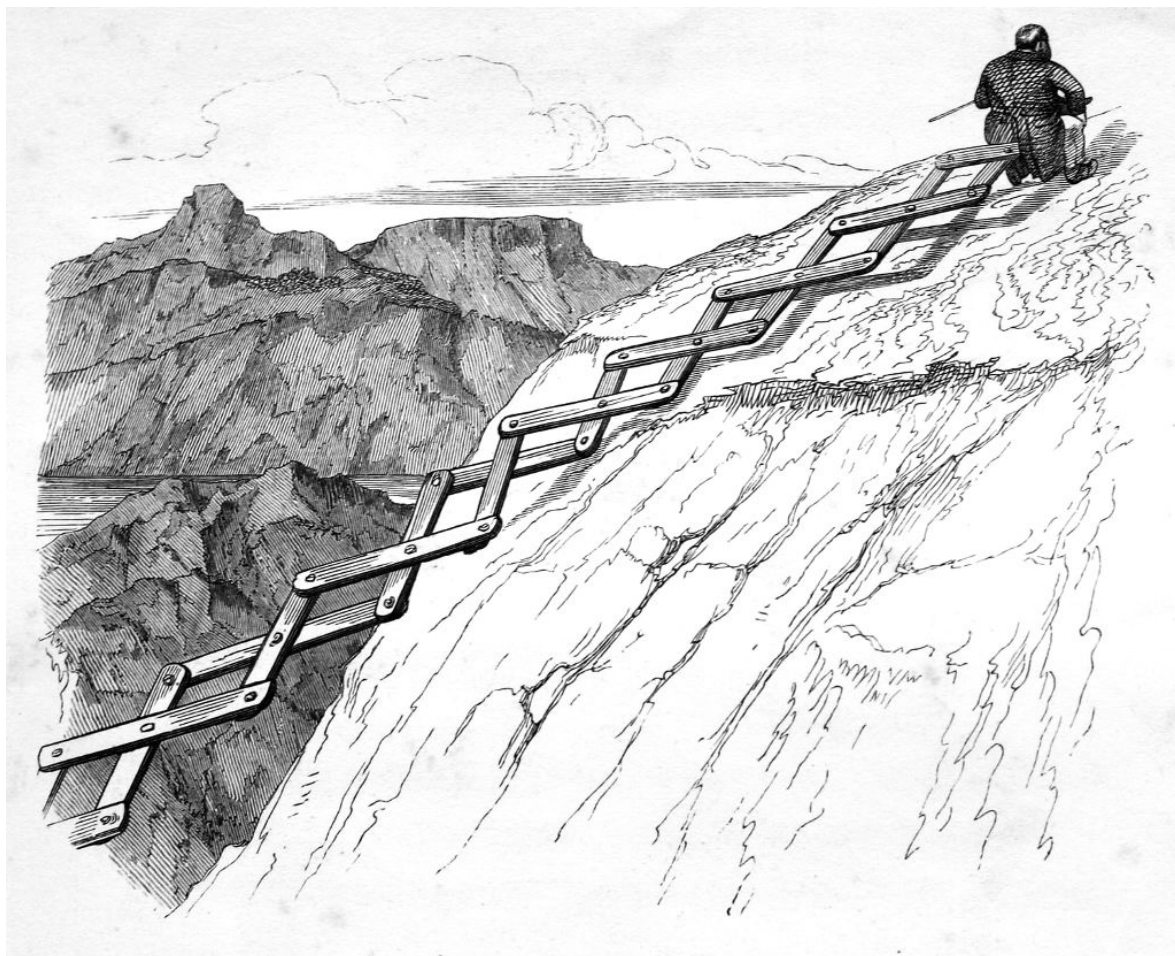
Mas, por mucho que aduje que Pitágoras, Epicuro, Demócrito^[3] y, ya en nuestra época, Copérnico y Kepler^[4] eran de esta opinión, no conseguí sino que se desternillaran aún más.

Este pensamiento, cuya audacia coincidía con mi manera de ser, fortalecido como fue por el hecho de que me contradijeran, penetró tan hondo en mí que, en lo que faltaba de camino, quedé preñado de mil definiciones de luna, que no podía dar a luz, y a fuerza de sostener esta jocosa creencia con razonamientos serios, casi llegué a convencerme de ella. Mas escucha, lector, el milagro o el accidente de que se sirvió la providencia o la fortuna para confirmármela.

Ya en casa, nada más entrar en mi aposento para descansar del paseo, vi sobre la mesa un libro abierto. Advertí que era mío y eso me hizo preguntar a mi lacayo por qué razón lo había sacado del escritorio. La verdad es que le preguntaba por puro formulismo, pues era un gordo de Lorena cuya alma no ejercía funciones más nobles que las de un besugo con canas. Me juró que tenía que haber sido yo o el diablo quien lo hubiera cogido. Yo estaba bien seguro de no haberlo tocado desde hacía más de un año. Volví a mirarlo. Eran las obras de Cardan^[5] y, aunque no tenía intenciones de leerlo, mis ojos, como por fuerza, cayeron precisamente sobre una historia que cuenta este filósofo. Escribe que, estudiando una noche a la luz de la candela, vio que a través de las puertas cerradas de su cuarto entraron dos viejos altos que, tras muchas preguntas que les hizo, respondieron que eran habitantes de la luna y, dicho esto, desaparecieron^[6]. Quedé tan sorprendido, tanto de ver que un libro se había puesto allí solo, como del momento y de la página en que se encontraba abierto, que tuve todo aquel encadenamiento de incidentes por inspiración de Dios, que me impelía a dar a conocer a los hombres que la luna es un mundo.

«¡Caramba! —me decía yo—. Que después de haber hablado hoy mismito de una cosa, un libro que es quizá el único en el que se trata de esta materia vuele de la biblioteca a la mesa, adquiriera la capacidad de razonar para abrirse justamente en el lugar de una aventura tan maravillosa, y proporcione luego a mi imaginación las reflexiones y a mi voluntad los propósitos que estoy teniendo... Sin duda —proseguía yo—, los dos viejos que se aparecieron a ese gran hombre son los mismos que han trastocado mi libro y lo han abierto por esa página para ahorrarse la molestia de echarme la arenga que echaron a Cardan. Mas —añadía— no podré disipar esta duda si no subo hasta allá. ¿Y por que

no? —me respondía incontinente—. Bien fue al cielo una vez Prometeo^[7] a robar el fuego».



A estos arranques de delirio febril sucedió la esperanza de lograr realizar tan hermoso viaje.

Para llevar a cabo mis propósitos me encerré en una casa de campo bastante apartada, donde, después de haber acariciado mis ilusiones con algunos medios que pudieran llevarme hasta allá, he aquí cómo me di a los cielos.

Me até todo alrededor gran cantidad de frascos llenos de rocío, y el calor del sol, que los atraía, me levantó tan alto que al cabo me encontré por encima de las nubes más altas^[8]. Pero como esta atracción me hiciera subir demasiado de prisa y, en lugar de acercarme a la luna, como yo quería, me parecía más lejana que al partir, fui rompiendo algunos de los frascos hasta que sentí que mi peso superaba la atracción y descendía hacia la tierra. No erré en mi juicio, pues poco después caía en ella de nuevo y, contando desde la hora en que salí, debería de ser medianoche.

Sin embargo, advertí que el sol se encontraba entonces en lo más alto del horizonte y que era mediodía. Podéis figuraros cuál no sería mi asombro. Tanto fue que, no sabiendo a qué atribuir tal milagro, hube la insolencia de pensar que, en pro de mi audacia. Dios había una vez más clavado el sol en el cielo a fin de iluminar tan audaz empresa.

Lo que aumentó mi desconcierto fue no reconocer el paisaje en que me hallaba, pues me parecía que, por haber ascendido derecho, debería haber descendido en el mismo lugar de donde había salido. Equipado como estaba, me dirigí hacia una choza en que se veía humo y, cuando me hallaba apenas a tiro de pistola de ella, me vi rodeado de gran número de salvajes. Harto sorprendidos parecieron de toparse conmigo, pues era yo el primer ser —según creo— que jamás vieran vestido de botellas. Y para confundir aún más todas las interpretaciones que pudieran haber dado a tal atavío, veían con sus ojos que al andar no tocaba yo casi el suelo, pues ignoraban que, al mínimo meneo que daba al cuerpo, el calor de los rayos del mediodía me levantaba con el rocío y que, de no ser porque el número de frascos era ya insuficiente, me habría quizá elevado en los aires ante sus ojos.

Quíseles abordar, mas, como si el espanto los hubiera transformado en pájaros, en un instante desaparecieron en el bosque cercano. Eché, sin embargo, mano a uno, cuyas piernas le habían sin duda traicionado el corazón. Le pregunté con gran trabajo (pues me hallaba sin aliento) cuánto había hasta París, desde cuándo en Francia la gente andaba en cueros y por que huían de mí tan despavoridos. El hombre a quien hablaba era un viejo aceitunado que al punto se me echó a las rodillas y, juntando las manos en alto tras la cabeza, abrió la boca y cerró los ojos. Masculló largo rato, pero no distinguí que articulara nada, de manera que tuve su lenguaje por ronco balbuceo de mudo.

Algo después vi acercarse una patrulla de soldados a tambor batiente y noté que dos se separaban del grueso para reconocerme. Cuando estaban lo bastante cerca para oírme les pregunté dónde estaba.

—En Francia estáis —me respondieron—. Pero ¿quién diablos os ha puesto de tal guisa? ¿Y cómo es que no os conocemos? ¿Han llegado los barcos? ¿Vais a avisar de ello al señor gobernador? ¿Y por qué habéis repartido vuestro aguardiente en tantas botellas?

A todo lo cual respondí que el diablo no me había puesto de aquella guisa, que no me conocían porque no podían conocer a todo el mundo,

que no sabía yo que el Sena llevara navíos, que no tenía ningún aviso que dar al Señor de Montbazon^[9], y que no iba cargado de aguardiente.

—¡Vaya, vaya! —me dijeron, asiéndome del brazo. ¡Os hacéis el listo! El señor gobernador os conocerá, vaya que sí.

Me llevaron hacia su grupo diciéndome eso, y por ellos me enteré de que estaba en Francia sin estar en Europa, pues estaba en Nueva Francia^[10].

Fui presentado al señor de Montmagnie^[11], que es virrey allí. Me preguntó patria, nombre y condición, y cuando le hube satisfecho narrándole el feliz resultado de mi viaje, fuera porque lo creyó o porque fingió creerlo, hubo la bondad de ordenar se me diera aposento en su casa. Suerte grande la mía de encontrar a un hombre de elevados pensamientos que no se asombró cuando le dije que la tierra debió necesariamente girar durante mi ascenso puesto que, habiendo empezado a elevarme a dos leguas de París, había caído en línea casi vertical en Canadá.

**TUS
LIBROS**



El otro Mundo

— 0 —
**Los Estados e Imperios
de la Luna**

**Cyrano
de Bergerac**

